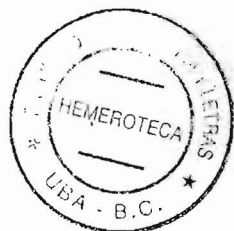


EN LOS DIEZ AÑOS DE AMICITIA

Versión y comentario de Angel J. Battistessa



Me dicen que *Amicitia* cumple diez años. ¡Qué bien! Si una revista no comercial se mantiene hoy durante dos lustros, ello es signo de que la anima un sincero impulso educativo. Sólo un espíritu de servicio y de concordia puede explicar el que entre las actuales dificultades de lo que atañe a la imprenta siga siendo posible la aparición —ejemplar y eficaz— de un cuaderno como el de *Amicitia*. Su divisa, *Manibus iunctis*, no parece haber sido desmentida hasta la fecha, ni en la actitud ni en el propósito. Vale, pues, la pena celebrarlo con un poema alusivo a esta suerte de trabajo, cumplido sin muchos recursos, pero con fervor entero y con una amable y afirmativa unanimidad humana y cristiana. Nos referimos a “San Juan Bosco”, uno de los varios poemas en que Paul Claudel, el máximo poeta contemporáneo, traza el retrato de uno de los prototipos más altamente orientadores de la caridad acogedora e irradiante. Antes de transcribir nuestra traducción castellana de ese poema, nos parece oportuno detenernos en una breve explicación histórica y literaria del texto claudeliano aludido.

Juan Bosco nació el 16 de agosto de 1815 en una aldea del Piemonte, en la provincia de Turín. Criado al buen abrigo de una modesta familia campesina, el niño no tardó en ejercer un saludable influjo sobre cuantos le conocieron y trataron. Se ocupó primeramente en la guarda de rebaños, y esa tarea conductora —transpuesta ya al esplendor de la vida del espíritu— le fué siempre grata. Cierta día, el pequeño Juan tuvo noticias de su misión futura y en una visión premonitora logró contemplar la vasta grey humana que esperaba sus enseñanzas.

Estudió. Se ordenó sacerdote. Muy pronto su mayor deseo fué el de ayudar a los niños y a los adolescentes, sobre todo a los de las clases desposeídas y abandonadas.

Convertido en “padre” y “maestro”, dirigió a los jóvenes con sabiduría y prudencia ejemplares. Al decir de Pío IX, la de Don Bosco fué un alma “verdaderamente maternal, que conoció todas las ternuras para los pobres y los más pequeños entre los pobres y los pequeños”.

En 1852 creó la Congregación de los salesianos. En 1872 fundó la de las Hijas de María Auxiliadora, y con éstas y otras instituciones de cooperación cristiana emprendió su admirable cruzada.

La tarea de Don Bosco fué la de un auténtico maestro. Preparó a sus discípulos para los afanes temporales y los orientó hacia las perspectivas trascendentes y eternas; les enseñó el alcance de las verdades del Dogma, les reveló la dignidad del trabajo cotidiano y los recreó en la buena fatiga de los menesteres humildes. Todo supo cumplirlo limpiamente. La gracia y la voluntad le comunicaron su impulso; la alegría fué su colaboradora constante. Al mismo Don Bosco le correspondió la creación, pronto fecunda, de los "oratorios festivos". Fundó granjas y organizó escuelas. Acompañó y confortó a los solitarios, a los menesterosos del afecto; se allegó a los necesitados y consiguió alimentarlos, vestirlos, alojarlos, educarlos y enseñarles un oficio. Con su prédica y su ejemplo dió nueva vigencia a los más urgentes mandatos del Evangelio, a veces diferidos por el egoísmo o escandalosamente desfigurados por la hipocresía.

La doctrina y la actitud de Don Bosco se inspiraron en las enseñanzas de San Francisco de Sales, pero en el risueño y aplomado sacerdote italiano la afinada dulzura del santo de Francia asumió modalidades nuevas. Ni las incomprendiones, ni los contratiempos le amenguaron el ánimo. Practicó la caridad sin énfasis e hizo del sacrificio la forma más sonriente y menos ostensible de la ternura. Prodigar el bien y comunicar a los jóvenes la nostalgia de lo eterno constituyó siempre su imperativo profundo. De ahí, la divisa, afectuosamente perentoria, de la pedagogía salesiana: *Da mihi animas, caetera diligo*.

Don Bosco murió en 1888, a los setenta y tres años, después de largas e interrumpidas jornadas en favor de su alto ideal educativo. Los pontífices escucharon su consejo, y su obra —iniciada en el mayor desamparo material— prosiguió sin alardes pero con fuerza irreprimible. Un año antes de la rápida canonización del amable maestro (Pascua de 1934), Pío XI sintetizó todo ese milagro de amor en estas sencillas palabras: "He aquí esa obra tal como podemos contemplarla: diecinueve mil religiosos o religiosas, mil cuatrocientas casas de educación, ochenta provincias religiosas, miles de iglesias, capillas, internados y patronatos, diecisiete grandes territorios de misiones evangelizadas. Centenares de miles de escolares, cerca de un millón de antiguos alumnos, y otros tantos colaboradores que, como decía el mismo Don Bosco, le *alargan* los brazos".

En su texto, Claudel alude poéticamente al espíritu de la reforma salesiana y canta el fuerte sentimiento de emulación que la memoria de aquel virtuoso pastor de vocaciones suscita en nosotros. *Deus qui*

sanctum Joannem Confessorem tuum adolescentium patren et magistrum excitasti ac per eum, auxiliatrice Virgine Maria, novas in Ecclesia tua familias florescere voluisti: concede, quaesumus, ut eodem caritati igne succensi, animas quaerere, tibi que soli servire valeamus..., se lee en las oraciones de la conmemoración litúrgica de San Juan Bosco (31 de enero). Esta solicitud está presente en todo el poema y no necesita comentario. Si la fe ilumina, sólo la caridad vivifica. La juventud realmente válida no depende de la edad sino de la entereza de nuestro fervor y de la eficacia de nuestra capacidad de servicio.

La composición *San Juan Bosco* data del 31 de enero de 1938. En esa fecha alcanzaba ya sus setenta años, y su brío gozoso y afirmativo vibra en todo el poema y en la jaculatoria que le sirve de epifonema. Interesantes para el estudio del quehacer poético son estas observaciones del propio Paul Claudel: "Acaba de acontecerme algo bastante extraño: de pronto se me ha ocurrido escribir un poema sobre Don Bosco. Los primeros versos se me presentaron juntos, y todos los demás siguieron casi de golpe. Cuando terminé supe que el 31 de enero era el día de la fiesta de ese gran servidor y además el quincuagésimo aniversario de su muerte".

SAN JUAN BOSCO

Es uno de esos santos, como se dice, al que se le daría el buen Dios sin
necesidad de confesión.

(Y yo no diría otro tanto de todos los voluntarios y patentados de la
misma profesión).

Se ve en seguida que no es sólo un santo, sino un hombre de conciencia
honrada.

Es transparente como una mañana de mayo, es rotundo como una
manzana.

Me encantan esos tupidos cabellos ensortijados sobre su frente y esa
impresión manifiesta de fuerza y de agilidad.

Dondequiera que este Bosco pone la mano, ahí se advierte que hay
autoridad.

Autoridad y dulzura, amor a Dios y amor a todos esos chiquillos sin
padre que le pertenecen.

¡Dondequiera que hay niños pobres le pertenecen!

Esa juventud, toda esa pobreza, con la estrella matutina en la frente,
es en verdad la Iglesia ideada por su anhelo.

¡Una Iglesia levantada infatigablemente con la sierra y el martillo, y
que crece, trabaja y canta a pulmón pleno!

¡Y, entre los muchachos, él se está como Moisés, colmado de cordura,
y de orden, y de palabras, y de consuelos, y de sacramentos!

¡Va a rehacer el mundo, y sabe como hacerlo!

Vosotros, guardaos vuestras teorías, vuestras disputas y vuestro
gobierno.

Yo tengo a mi alrededor todo este pueblo de niños que crece y que
conmigo conoce ya al buen Dios soberano.

Conmigo todo este pueblo que aprende a leer y a utilizar las manos.

“Mi padre trabaja incesantemente, y Yo trabajo con El, complacido”.

Escuchad esto, muchachos, porque son las palabras de Jesucristo.

El trabajo es esa actividad en la que nadie puede prescindir de quienes
lo rodean.

La tarea de continuar la creación todos juntos y con todas las fuerzas,
esa es nuestra tarea.

“Venid a mí, los que trabajáis y os sentís agobiados”, dice el Señor.

La Cruz, y mi cuerpo para cuando lo queráis comer, si hubiera algo
mejor os lo habría dicho Yo.

Y por eso, cuando el día ha concluído, y la semana ha terminado, y
mañana es domingo,

El obrero manchado de herrumbre y de aceite se lava, se pone una
camisa de lienzo limpio,

Y, colmado por el reclamo de lo que se le ha enseñado y que es algo así
como el agua y como el pan sabroso,

Como un hijo y como un muchachito, se arroja en los brazos de San
Juan Bosco.

¡Oh, padre, he ahí entre tus brazos a ese hombre henchido de
simplicidad y de confianza y de destreza!

Dinos. ¿es cierto que todos nos iremos al cielo y que poseeremos la
República entera?

¡Oh, padre, porque ahora ya sé trabajar y en mi mentón crece la barba,
Eso no es una razón para que en adelante yo deje de ser vuestro
muchacho que confiadamente os abraza!

¡Abro el corazón, abro la boca, y tú, padre, dile a Dios que me dé el
pan cotidiano,

Y que dé la justicia a todos los camaradas, puesto que somos
cristianos!

Hemos vuelto a creer en Dios, hemos vuelto a encontrar en la Iglesia
a Alguien que es el más fuerte.

Hemos vuelto a comprometer algo ante la vida y ante la muerte.

Porque somos viejos no es una razón para dejar de ser niños.

Los niños, los hombres, las mujeres, todo es lo mismo.

Todo se concierta apretadamente, todo es pequeñito y forma una
totalidad inmensa.

¡Todo se arremolina y todo puja y todo se adhiere y todo anhela
conjuntamente y todo sin cesar comienza!

¡Ruega por nosotros, Juan Bosco, patrono de la eterna adolescencia!